

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 30 de Junio de 1917

AÑO XIII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 467

La democracia verdadera y el Catolicismo

No hace mucho tiempo oía el que esto escribe en una Asamblea Parroquial la siguiente afirmación que vale por todo un libro: «Todas las teorías, sistemas y sociologías, excepción hecha de la religión católica, son incapaces de demostrar cumplidamente el origen y destino dignos del hombre; y por lo mismo también se hallan todos los que profesan semejantes teorías, sistemas y sociologías del todo incapacitados para resolver los problemas sociales contemporáneos y de fundar verdaderas democracias.»

La *democracia y el Catolicismo* será el objeto de estas líneas ya que es un tema candente.

A primera vista, parecerá aventurada aquella proposición: porque alguien preguntará, ¿qué tiene que ver la *democracia verdadera* con la religión católica? Sin embargo, nada más cierto que sin profesar las doctrinas, dogmas y enseñanzas del Evangelio conforme las expone la Iglesia Católica por el Hijo de Dios fundada y por el Espíritu Santo asistida, no se concibe la *verdadera democracia*. Y se dice *verdadera*, porque un simulacro, una ficción de democracia, siempre por supuesto de pésimos resultados, dicho está que cabe fundarla sobre tan débiles fundamentos. Aun en este caso debería atribuirse la vida de la sociedad, sometida a tal forma de gobierno a la sabia evangélica e influencia secular de la Iglesia Católica en todos los pueblos del mundo, y en todas sus instituciones, leyes y costumbres. No lo confesarán muchos de esos *labios demócratas*; pero siempre se impondrán los hechos; y la Historia, maestra de la vida, está dispuesta a dar fe de esa imborrable huella de más de diez y nueve siglos.

No son los moldes de un breve artículo los que pueden contener un completo desarrollo de este tema que exigiría un libro. Séanos permitido, pues, hacer dos consideraciones que han de llevar la convicción a los lectores de LA CARIDAD. Así sabrán a qué atenerse al oír blasonar a ciertos sujetos de demócratas, liberales, progresivos y demás *zarandajas*, porque a esto vienen a parar todos los títulos y frases deslumbradoras una vez que son un tanto examinados por la sana razón y no por el ciego y material criterio del

oído o de la pasión sectaria, si se deja a un lado el Catolicismo.

Sea la primera consideración la de que todas las sociologías etc., anticatólicas, limitan sus investigaciones, sus estudios, sus puntos de mira a la vida presente; olvidan o niegan el origen divino y destino eterno del hombre. Y como consecuencia legítima sus juicios son falsos y todo lo que sobre esa base traten de edificar será erróneo y destructor.

¿Qué es la vida humana, la constitución social, hecho caso omiso de un Dios personal, Criador y Conservador providentísimo de todas las cosas y de una vida futura donde halla el hombre cumplida satisfacción a los anhelos infinitos de bien y de felicidad y donde sean recompensadas las buenas obras y sufrimientos y castigadas las injusticias de esta vida pasajera? El hombre quedaría reducido a la condición de producto espontáneo de la *Materia* y de la *Fuerza* en fatal evolución: crecer, desarrollarse dentro de la evolución general y brutal de la materia universal, y a la postre trocarse en un poco de polvo. La *Historia materializada* es un capítulo de la *Biología* y el ser humano uno de tantos seres vivientes un poco más perfectos si se quiere y nada más que un animal o cosa así.

La segunda observación que cabe hacer a los demócratas anticatólicos o anticatólicos es la siguiente: si la *democracia verdadera* se cifra en fundir y abrazar a todos los hombres sin distinción de partes, de razas, de clases, ni de prendas personales; qué eficacia tendrán las utopías, los sistemas humanitarios para engendrar el cúmulo de virtudes que exige la *verdadera democracia*? ¿Dónde harán estribar la fraternidad y el amor entre los hombres, base y coronamiento de la verdadera democracia? Se concibe la abnegación, el sacrificio, la caridad en resumidas cuentas, si es el Altísimo quien ordena amar al prójimo hasta al enemigo y como una derivación del amor divino. Pero sin ese precepto de Dios ni se explica la virtud de la caridad y del amor, ni resta más que la fuerza bruta o el libertinaje si se considera el aspecto social y el jurídico derecho y deberes son un mito; no hay moral posible, ni obligación, ni aún cohesión social. Sin un Legislador Juez supremo no hay título para imponerse a la conciencia huma-

na, ni a la voluntad, a fin de que se sometan y se abstengan del mal obrar. Los egoísmos, que son por naturaleza varios múltiples y opuestos, pugnarán por el triunfo de sus intereses y pasiones y tras de esa lucha intestina tiene que sobrevenir la destrucción social.

X.

Tú eres Pedro

Príncipe de la Iglesia militante, piedra viva en que Cristo la ha fundado, pastor a quien encarga su ganado como el más valeroso y vigilante,

Clavero celestial, mártir constante, humilde hasta en ser crucificado, tesoro divino a quien ha dado de Vicario de Dios poder bastante.

A todos en la fe te aventajaste, y en público primero a quien seguiste por hijo de Dios vivo confesaste.

El mayor de los doce siempre fuiste, y por el raro extremo con que amaste al Imperio del mundo mereciste.

FR. PEDRO PADILLA.

San Juan Bautista y San Pedro Apóstol

La Sagrada Escritura es generalmente muy sobria en palabras, y más sobria todavía en juicios. El Evangelio contiene muy pocas apreciaciones sobre las personas, aun las más importantes. María y José son vistos como a través de un velo; y respecto a San Pedro es singular la severidad del Evangelio. Recuerda un autor sobre este particular una importante observación de un gran hebraísta, quien decía que San Pedro había cuidado personalmente de que todas sus faltas fuesen minuciosamente consignadas y detalladas en los Evangelios, y que San Marcos era, sobre todos, riguroso historiador de las debilidades de San Pedro. Pues bien, San Marcos fué discípulo particular, amigo íntimo y confidente de San Pedro; de modo que el Evangelio de San Marcos fué escrito bajo la mirada de San Pedro; y el profundo estudio que el antedicho hebraísta había hecho de los Evangelios le permitía asegurar que las personas más allegadas a San Pedro fueron las más severas para con el santo, por expresa voluntad del Príncipe de los Apóstoles, y que por esto San Marcos, que escribía casi bajo el dictado de aquel Santo, no omite nada de lo que puede darnos a conocer sus debilidades. Así, pues, la malevolencia que quisiera argüir contra San Pedro, armándose con las severidades del Evangelio, queda aniquilada con la

observación del sabio hebraísta, pues tales severidades redundan en gloria del Santo, y su detallada relación se convierte en la joya más preciosa de la corona del gran Apóstol.

El ser la sobriedad y la severidad caracteres generales de las narraciones evangélicas, comunica por contraste a San Juan Bautista un carácter singular y absolutamente excepcional, porque al tratar de él todo son alabanzas. Sus panegiristas son el Ángel y el hombre-Dios, Gabriel y Jesús. El Ángel dice: «El vendrá en el espíritu y en la virtud de Elías, y Elías es precisamente uno de aquellos que hacen prorrumpir al Espíritu Santo en alabanzas. Elías y San Juan Bautista, los dos precursores de los dos grandes acontecimientos, han sido celebrados por la boca de Dios.

El Espíritu Santo dice a Elías: «¡Buenaventurados aquellos que te han seguido! ¡Buenaventurados aquellos que han logrado la gloria de tu amistad!».

Y Jesucristo, hablando de Juan Bautista dice: «¿A quien habéis ido a ver? A un profeta. En verdad os digo, a más que a un profeta.»

«Entre los hijos de los hombres ninguno se elevó a mayor altura que Juan Bautista.»

Elías y Juan Bautista parecen haber tenido, pues, un privilegio singular: hasta cierto punto han hecho salir a la Escritura de su reserva extremada. Su gloria parece haber forzado a la palabra divina, tan sobria y tan severa.

Ya que la fiesta de San Pedro se celebra tan próxima a la de San Juan, considerémosnos aquí algunas de las misteriosas armonías que estas dos fiestas nos ofrecen. Un santo nos guiará al través de los esplendores de otros dos santos. San Francisco de Sales nos ayudará a hablar de San Pedro y de San Juan.

La natividad de San Juan es una natividad positiva en el lenguaje humano; pero la natividad de San Pedro en el lenguaje humano es la muerte de San Pedro. Esta muerte la Iglesia celebra como natividad, porque San Pedro, al morir santo nació a la vida eterna; y la natividad de San Juan la celebra en la natividad natural porque Juan habiendo sido santificado en el vientre de su madre nació siendo ya santo.

Oigamos ahora a San Francisco de Sales: «Cuando leo en el Génesis—di-